



José Marquez Trigo, 80 años.
Lidia Aparici, 23 años.

Un dandy currante poco común

Sacrificio, valentía, diversión y trajes a medida son las palabras que mejor definen la vida de José Márquez trigo, un matarife que emigró a Suecia y Alemania para hacer fortuna y especializarse en este peculiar oficio.

A sus 83 años, José recuerda ilusionado y con cierta nostalgia su infancia, la vida de adolescente en el pueblo y los duros años de trabajo fuera de casa y lejos de su familia. Desde los diez años, cuando tan sólo era un niño, trabajó junto a su padre desollando todo tipo de reses en el puesto del mercado. Era el mayor de cinco hermanos y como primogénito tuvo que continuar con el oficio de carnicero para cuidar de su familia y prematuramente convertirse en un hombre.

Estaba muy unido a su padre, "San José y el Niño" les decían en el pueblo; juntos a todas partes para aprender los entresijos del negocio, José ponía mucho interés en lo que su padre le decía, pues quería que su hijo estudiara y llegara a ser todo lo que él nunca consiguió. Así, que además de ayudar a su padre en la carnicería, aún guardaba fuerzas para leer por las noches los libros que le compraba a los librereros de vez en cuando, puesto que a la escuela no podía acudir porque en un pueblo pequeño la enseñanza tampoco era muy buena.

Tan sólo dos años y medio más tarde, su padre cayó enfermo y su lucha contra el cáncer de garganta que padecía fue en vano. José cargó con la responsabilidad del negocio familiar que sustentaba a su madre y hermanos. Así entre cuchillos, paletillas y delantales manchados de sangre, José se hizo cargo de este legado hasta los 17 años, que dejó momentáneamente para cumplir con el servicio militar.

Se marchó no sin antes dejar el negocio en una próspera situación, gracias sobre todo a las provisiones que le encargaban los batallones maquis de los alrededores del pueblo; muy distinta a la que se encontró a su regreso.

Cincuenta y dos meses estuvo en el cuartel donde su verdadera vocación de matarife (que no carnicero como siempre recalca) le llevó a dejar su cómodo cargo de cabo para montar y dirigir la carnicería del cuartel. José nunca pasó hambre ni le faltó un duro en el bolsillo, pese a ello, siempre se las ingeniaba para sacar provecho de las situaciones. Recuerda el estraperlo con la carne que sacaba a escondidas bajo su chaqueta y que luego vendía más cara detrás de la verja.

A los 22 años regresó con su petate a la espalda y se encontró la triste quiebra del negocio familiar por la muerte de gran parte del ganado. Sin pensarlo dos veces, dejó a su familia y a 'La Rubia', Isabel, su novia de doce años, y se marchó a probar suerte en al capital donde pronto descubrieron sus dotes de matarife y lo colocaron en el Matadero de Legazpi. Aquí en poco tiempo llegó a patrón y ganaba suficiente dinero, pero su carácter derrochador y su afán por divertirse en las fiestas, le hacía imposible el ahorro porque el jornal lo fundía por las noches en el baile o tomando unos 'chatos' de vino con sus compañeros.

Poco aguantó los chotis porque al año de estar en Madrid recogió sus pertenencias de la pensión de Tribunal donde se hospedaba, y viajó hasta Suecia donde trabajó once



meses en la construcción. José superó las dificultades del idioma y pronto se integró con el resto de trabajadores. Se compró unos cuantos libros y cómo hacía de niño, estudiaba en sus ratos libres, y así aprendió el idioma, además de con el día a día en el trabajo que es como verdaderamente se aprende. Pero su verdadera vocación de matarife seguía resonando en su cabeza. Por eso, en 1965 no dudó en visitar a su hermano en Alemania con motivo del bautizo de una sobrina, donde enseguida demostró su habilidad para descarnar con destreza todo tipo de piezas, y lo contrataron hasta 1984, momento de su jubilación. Con 12.000 marcos de su despido, la experiencia de medio siglo como matarife y la pérdida de gran parte de su familia exceptuando tres hermanos, José volvió a España y se instaló con uno de sus hermanos en un piso del Paseo de Barbaneras 65.

Ahora disfruta de su pensión y conserva la percha de entonces: siempre impoluto con su corbata perfectamente anudada, sus trajes hechos a medida y su Omega de oro macizo de 16.600 pesetas de 1965 que exhibe con orgullo. A pesar del transcurso de los años, José mantiene vivo el espíritu y la filosofía de los "Doce apóstoles", como les llamaban a su grupo de amigos en el pueblo. O más bien 'doce demonios', bien vestidos, buenos bailarines y siempre con pesetas en el bolsillo, que hacían que todos les respetaran y fueran el 'terror de las nenas' en todas las ferias extremeñas y de los alrededores.

La diversión ha sido una constante en su vida, donde no tiene cabida el matrimonio porque "las mujeres sólo son para una horita", comenta con la mirada pícaro. "Aunque he sido un calavera, siempre he sido un caballero y nunca le he hecho mal a nadie", repite sin descanso.

Ahora visita casi a diario a sus sobrinos, que son como sus hijos porque desde que muriera su hermano, él se ha hecho cargo de todos y nunca les ha faltado de nada gracias a su ayuda. Aunque es el mayor de sus hermanos, José es el que mejor se conserva, y se entretiene paseando por la zona de Barbaneras donde él vivió tras regresar de Alemania. Allí se le pasan las horas saludando a unos y otros, vecinos y conocidos, amigos de su época.

Otra de las costumbres de la que disfruta en su vida de jubilado, es ir a echar la Primitiva todos los días y pasarse por el bar a tomarse unos chatos de vino y charlar con los amigos. Así le trascurren los días a José, que de vez en cuando revive los largos años de trabajo como matarife especializado, acercándose al mercado para echar una mano en la carnicería porque según dice: "ya no se descarna como entonces".

Lo importante de la vida

Al contrario que para narra la historia de su vida, José se muestra un tanto parco en palabras a la hora de expresar su sueño o deseo por cumplir. Tras mucho insistir, reconoce que como nunca le ha faltado de nada, ha viajado y conocido a mucha gente, sólo pide conservar la salud y ver feliz a su familia.

Sin embargo, un intercambio de frases le hacen percatarse de que hacer de 'Pretty Woman' por un día no estaría nada mal. Así, que como hombre elegante y coqueto que es, le gustaría ir de compras (moderadas, claro está) a gastos pagados, o viajar de nuevo a Zurich para ver los cambios que la ciudad ha sufrido desde que él dejara allí su trabajo.



José admite sabiamente que ha aprendido mucho en sus 83 años de vida y que en ocasiones ha sido “un poco gilipollas por fiarme de algunos que parecían buenas personas y al final han terminado pegándomela, por eso ahora voy con mucho ojo”, asegura. Tampoco se cansa de repetir que se ha divertido y que nunca ha hecho mal a nadie, aunque reconoce que debería pedir perdón a más de una mujer. Además, “todo lo que he conseguido siempre ha sido a fuerza de trabajo, salvo lo del estraperlo de carne”, comenta pícaramente.

Ahora disfruta ilusionado de sus sobrinos y hermanos, que tras el duro golpe que ha supuesto la pérdida de su cuñada el día previo a nuestra entrevista a la que quería como una hermana, es la única familia que le queda, por la que se desvive y desea toda la felicidad posible.